
ROMANCE DE LA HACIENDA DE LA HUERTA.

(1821.)

En la hacienda de la Huerta
Don Vicente Filisola
Está con el Padre Izquierdo
Y con sus valientes tropas.
Iturbide le ha mandado
Que á combatir no se exponga,
Por ser muchos sus contrarios
Y ser su fuerza muy corta.
Toluca, en expectativa,
Su posicion mira ansiosa,
Lamentando su aislamiento,
Presintiendo su derrota.
El Comandante Castillo
Para el asalto se apronta,

Y organiza su defensa
 Denodado Filisola.
 Calvo y Martínez compiten
 En ardimiento y en cólera;
 Ya ve Castillo á los nuestros
 Ceder; ya ve á la victoria
 Moreno, á la bayoneta
 Puesto ventajoso toma,
 Y se empeña la batalla
 Implacable y horrorosa.
 Es el campo un mar de llama,
 La sangre la tierra moja,
 El aire lleva gemidos,
 El humo terror y sombra.
 Fuentes y González juntos
 Al enemigo se arrojan,
 Y los siguen de Fernando
 Las bayonetas heróicas.
 Donde hay más furor se mira
 Dominante á Filisola:
 Sigue sus pasos la muerte,
 Su frente alumbra la gloria,
 El reflejo de su espada
 Es alma de los patriotas.
 Los de Castillo esforzados
 Luchan, se alientan, se enojan;
 Mas por fin se desordenan,
 Por fin el campo abandonan,

Y entre despojos sin cuento,
 Y sangre y humo de pólvora,
 Cantos á la Independencia
 Los vencedores entonan.
 Las levantadas montañas
 Alzan las frentes radiosas,
 Y el Nevado gigantesco
 Se viste de luz de gloria.

ROMANCE DE VICTORIA.

(1821.)

Terror de los negros bosques,
De sí propio horror y miedo,
Cual fantasma pavoroso
Su descarnado esqueleto,
Va Guadalupe Victoria
Por los lugares desiertos:
Su piel dibuja en relieve
Los perfiles de sus huesos;
Su pelo toca en sus hombros
En descuidados cadejos;
Su barba, revuelta y lacia
Baja hasta cubrir su pecho,
Como esas ramas que cuelgan
En el rigor del invierno
Del desmoronado muro
Sobre las ruinas cayendo.

Sus piés, con las uñas corvas,
 Dejan la huella en el suelo,
 No de hombre, sino de fiera,
 O más bien de monstruo horrendo.
 Entre el cabello y la barba
 Casi se adivina el gesto
 Del hombre, y sus negros ojos
 Tienen resplandor siniestro,
 Como ascuas que sobreviven
 Al devorador incendio.
 En aquel sér misterioso,
 Ni hay lágrimas ni hay acento:
 Parece como que flota
 Entre la vida y los muertos,
 Y que el dolor le permite
 Que asista á su propio duelo
 Y á este suicidio espantoso,
 Y á este salvaje tormento
 Se entregó el héroe querido
 Y se condenó el guerrero,
 Cuando viendo de la Patria
 Desparecer el remedio,
 Odio juró á los tiranos,
 Y juró morir primero
 Que mirarla sumergida
 En afrenta y vilipendio.
 Primero el Virey le acecha,
 Con tan decidido empeño,

Que no le deja descanso
 Ni deja á sus ojos sueño.
 Dos veces el sol ardiente
 Su giro emprendió de nuevo,
 Y dos resisten sus carnes
 De la canícula el fuego,
 Sin que la desdicha dome
 Su constancia y su ardimiento.
 Fatigados sus verdugos,
 Le dan al Virey por muerto,
 Y le fingen un cadáver,
 Y suplantán un entierro,
 Con que el Virey, ya vengado
 Se demuestra, y satisfecho.
 En tanto, peces y yerbas
 Tosco sustento le dieron:
 Despues á la húmeda arena
 Pegaba sus labios secos,
 Pidiéndole á la locura
 Si no la muerte el consuelo

En los mares del Oriente,
 Sobre las ardientes playas,
 Nuestra tricolor bandera
 Bañada en luz se levanta,
 Y de Veracruz los muros
 Irresistible amenaza.
 “ ¡Gloria!—las arenas dicen,

“¡Gloria!”—repiten las aguas,
 Y en “¡viva la Independencia!”
 Prorumpen el pueblo entusiasta
 A Iturbide proclamando
 Y vitoreando á Santa-Anna.
 Éste, noble y generoso,
 Dice á su tropa: “Nos falta
 “Para dar pompa á estos hechos,
 “Para completar sus galas,
 “Que venga aquí el Gran Victoria.”
 Y á unos dragones destaca
 Para que doquier le busquen,
 Para que en triunfo le traigan,
 Para que presencie ufano
 Las victorias de la Patria.

Van preguntando á los bosques,
 De Santa-Anna los soldados,
 Por Victoria esclarecido,
 Por Victoria el denodado,
 Adonde la humana planta
 No ha dejado ningun rastro.
 Y perdida la esperanza,
 De vagar desesperados,
 Ya se tornan á sus jefes
 Y ya abandonan el campo,
 Cuando ven junto á los mares
 Como un hilo de humo blanco;

Vuelan donde el humo se alza,
 Pronto Victoria es cercado,
 Y al verlo, casi cadáver,
 Junto á una peña espirando,
 Inmóviles le contemplan,
 Y de compasion lloraron
 “Levántate, gran Victoria,
 “Mi General, levantaos,
 “Que por fin la Independencia
 “Alumbra como sol claro”
 Y erguido aquel esqueleto
 Y de ventura radiando,
 Gozoso, altivo, ligero,
 Alta la faz, firme el paso,
 “¡Que viva la Independencia!”
 Grita, el acento esforzando,
 Y tiende á sus salvadores
 Los cadavéricos brazos.

ROMANCE DE LA BATALLA DE ATZCAPOTZALCO.

MUERTE DE ENCARNACION ORTIZ (EL PACHON.)

Bustamante está acampado
En el Cristo y Santa Mónica,
Y ocupan Atzcapozalco
De la vanguardia las tropas.
Desde allí se oyen las voces
De la division de Eldorza,
Y se ve al mayor Buceli
Con las fuerzas españolas.
Todo parece pendiente
De los Tratados de Córdoba,
Que miéntras se oyen razones,
Las armas están de sobra.
Los soldados, impacientes,
Entretanto se provocan,
Y los bravos de Codallos
Hasta Atzcapozalco tocan,

Entre avances y disparos
 Del audaz don Lino Alcorta.
 Con los músicos de Murcia
 Enfurecido se choca,
 Que desertan de la orquesta,
 Arremeten y alborotan.
 Oye del cañon el trueno
 Desde Tacubaya Concha,
 Y con sus fuerzas acude
 Atravesando las lomas.
 Alístase Bustamante,
 Y, precavido patriota,
 Ordena una retirada
 Tranquila, pero juiciosa.
 La retaguardia acuchillan
 Intrépidos los de Concha,
 Que traducen como miedo
 Lo que de prudencia es obra.
 Entónces, enfurecidos
 Vuelven riendas los patriotas:
 “¡A ellos!”—grita Bustamante,
 “Fuego” las trompetas tocan,
 Y los soberbios corceles
 Como el huracan se arrojan
 Sobre las terribles filas
 De las fuerzas españolas.
 Horror, y muerte, y gemidos
 Envuelven las negras sombras;

Y la batalla se acrece
 Más intensa y más rabiosa.
 De Atzcapozalco en el templo
 Están las fuerzas de Eldorza;
 De Bustamante los bravos
 Las ciñen y las acosan.
 En medio de la refriega
 Y entre la lid congojosa,
 Se hunde en el lodo pesado
 Un cañon de los patriotas.
 Allí mil lides se traban,
 Le pierden y le recobran;
 Y ya ¡viva Bustamante!
 Se escucha, ó vivas á Concha.
El Pachon la lid decide;
 Solo, erguido, ardiendo en cólera,
 A la pieza se abalanza,
 En brazos casi la toma,
 Despedazando á su paso
 Cuanto obstruye y cuanto estorba;
 Y cuando ya victorioso
 Se alza y grita con voz ronca
 “¡Que viva la Independencia!”
 Como anuncio de victoria,
 Cien balas rompen su seno
 Cortando su voz fogosa
 Y una vida, cuyos hechos
 Justa la Fama pregonan.

Del valiente Bustamante
 Vítores gritan las tropas,
 Miétras en tropel se alejan
 Los batallones de Concha,
 Ocultándole á Novella
 Su despecho y su derrota.
 De Bustamante fué el nombre,
 Mas fué del Pachon la gloria.

ROMANCE DE O'DONOJÚ.

(1821.)

En aquella misma aurora
 Que á Leon mira en Oaxaca,
 Con sus tropas victoriosas,
 Sus banderas desplegadas,
 Al estallar los cañones
 Y repicar las campanas,
 O'Donojú, receloso,
 Ve de Veracruz las aguas,
 Y Veracruz le saluda
 Virey de la Nueva España.
 Su juramento recibe
 Sesudo el General Dávila,
 Y en el Castillo le rinden
 Los honores de la plaza.

Cuando sabe los avances
 Que hace Iturbide, se espanta,
 Como percibe un marino,
 Presa de fiera borrasca
 Que le sorprendió en la noche,
 Luego que la luz aclara,
 Que le cercan arrecifes
 Y sobre arrecifes vaga,
 Quedando sólo pendiente
 De algunas dispersas tablas
 Que algo salvan de su nave
 Ya que su nave naufraga.
 De Veracruz á las puertas
 Formidable está Santa-Anna,
 Como quien dice, oprimiendo
 Con las manos su garganta.
 Inquieta, piensa, vacila,
 Dando á luz una proclama,
 Que es más bien de quien suplica
 Que del que empuña las armas.
 A don Manuel Gual entónces
 Y á don Pedro Vélez llama,
 Ambos honor y decoro
 De aquella importante plaza,
 Y con pliegos á Iturbide
 Cortés y ufano les manda:
 De paz llevarán mensaje
 En muy comedidas cartas.

Caballero y expresivo,
 Su noble amigo le llama,
 Y le pide una entrevista
 Para el risueño Orizaba.
 Iturbide, que está en Puebla,
 Contento emprende la marcha;
 Llega O'Donojú primero;
 Al otro el pueblo esperaba;
 Se le divisa en las cumbres,
 Se agitan calles y plazas,
 Brotan entre los sembrados
 De las gentes las bandadas,
 Riegan á su paso flores,
 Cércanle con verdes ramas,
 El pueblo le lleva en triunfo,
 Llenas de embriaguez las almas,
 Y están rompiendo los aires
 Los ecos de las campanas.
 Así camina Iturbide,
 Y así el fértil Orizaba
 De sus lindos platanares
 Las hojas tiende á las auras,
 Y alza, tocando las nubes,
 Los penachos de sus palmas.
 Vedlos; están frente á frente
 Los dos próceres . . . ya se hablan,
 Se han estrechado las manos,
 Entran en la régia estancia;

Miéntras, se dispersa el pueblo
Por las calles y las plazas,
Y las graves conferencias
Para Córdoba se aplazan.

ROMANCE DE LOS TRATADOS DE CÓRDOBA.

(1821.)

Firmáronse los Tratados
Que de Córdoba se llaman,
Y eran, con otros ambajes,
En el fondo el Plan de Iguala.
Con una corte de burlas
Y con sus reyes fantasmas,
El pueblo á la Independencia
Se atiende, y eso le basta;
Y ella, con su puro aliento,
Vida le daba á la Patria.
En México está Novella,
Dejando estallar su rabia
Contra O'Donojú: protesta,
Porque poderes le faltan
Para celebrar tratados
Que afirmen el Plan de Iguala.